Vesícula Biliar
Autor: Manolo Campa

Por su actualidad escribo sobre un suceso que en menos de 24 horas me llevó de mi casa a la sala de operaciones (quirófano). Aclaro que los términos médicos utilizados se aproximan lo más que he podido a su correcta escritura. Nunca he podido retener los nombres que la ciencia médica utiliza. No son de mi total agrado. Quizás he sido impactado por ese refrán que dice: "Suegra, abogado y doctor cuanto más lejos mejor".

Fue a la medianoche. Terminaba el lunes, empezaba el martes. Un fuerte y permanente dolor en el abdomen me asustaba. A mi edad cualquier malestar en el torso puede deberse a un ataque cardíaco. Alarmado desperté a mi esposa que inmediatamente llamó a nuestra segunda hija, que tanto ella como su esposo, trabajan en el sector de la medicina. Me recomendaron salir inmediatamente para el hospital pues se trataba de un dolor epigástrico.

Me ayudaron a subir al camión de mi yerno americano. Las calles estaban desiertas, en pocos minutos llegamos al Salón de Emergencias del hospital. Más adelante, una de esas personas encargadas de las relaciones públicas, entre otras averiguaciones, me preguntó si había llegado en ambulancia. Yo, con presunción contesté: ¡No, en camión!

Inmediatamente me acostaron en una camilla. Me pusieron muchas ventositas en el pecho y en las canillas, a las que conectaron unos alambritos para hacerme un electro crucigrama. El mal no era del corazón. La gran preocupación se desvaneció. Después me llevaron a un salón en tinieblas y con un frío que pelaba, para hacerme un sonograma que dio como resultado que el dolor provenía de una basílica biliar en muy mal estado.

Una doctora joven, alta y flaca como una caña brava, me informó con claridad que tenía que ser intervenido a la mayor brevedad. Quise posponer el asunto, pero mi hija, mi yerno, mi mujer, la doctora de brutal sinceridad y el empleado que entró al cuarto para vaciar los latones de basura, me conminaron a no perder tiempo y aceptar ser admitido para ser operado. Firmé docenas de papeles y quedé ingresado.

Fui operado ese mismo día a la caída de la tarde… hora que me sobresaltaba porque estoy consciente que "a la caída de la tarde seremos juzgados en el amor" y ello me hacia pensar en la muerte. Dicen que me demoré más de lo normal en salir de los efectos de la anestesia. Buscando una razón para aquel sopor extendido, recuerdo que la anestesista, joven y bonita, me preguntó mi peso y estatura… y por fantoche agregué dos pulgadas a mi estatura y 8 libras a mi peso actual. La sedación que recibí fue para un hombre más alto y más corpulento que yo.

La recuperación de la cirugía fue muy buena, poco el dolor por corto tiempo pero los efectos de los fuertes antibióticos en mi apetito fueron dantescos: Todo

me sabía muy mal. Hasta el agua tenía un sabor metálico insoportable. Pasé dos o tres días comiendo poco o nada. Mi siniestra imaginación me enfrentaba a una posible muerte por inanición. Con el respeto que merecen aquellos que murieron en los campos de concentración, me veía esquelético como ellos, en un féretro talla "extra small"… que pudiera tener de positivo un costo menor por la caja que a su vez podía ser cargada con facilidad por mis hijos y nietos pequeños.

Gracias a Dios estoy en plena recuperación, comiendo bien y durmiendo mejor que antes. Estoy entusiasmado con la idea de no tener que estar moviendo las macetas con maticas que mi mujer cambia de lugar con frecuencia y otros menesteres hogareños que requieran esfuerzo físico. Dada mi condición de convaleciente, durante dos o tres años a partir de ahora, me limitaré a pegar sellos en las cartas, sacarle punta a los lápices y levantar la tapa del inodoro cuando vaya a desbeber.

EN SERIO:

La vida está llena de realidades maravillosas. Hay lágrimas en el valle de esta vida, pero aún así, realmente la vida merece vivirse. En todo lo que nos rodea hay cosas bellas. ¡Búscalas! Tenemos que amar la vida con todo lo que tiene de bueno. Nada de malo hay en ello: Cuando menos se teme a la muerte, más se ama la vida.

Vivamos con alegría la aventura de nuestra existencia. Cristo nos propone: "en la alegría, sed felices", pero al mismo tiempo, nos invita a participar de esta sublime contradicción: "Aún en el dolor, sed también felices". En Cristo el sufrimiento lo convertimos en felicidad.

El cristiano no es un hombre triste. No puede serlo porque ya tiene a Cristo y vive con la firme esperanza de alcanzar la plena felicidad en la visión y posesión del Bien Infinito. Cristo es la Resurrección y la Vida. Con Cristo triunfamos sobre el dolor y la muerte.

"El cristianismo es amor"… y la misión de los cristianos es difundir el amor. La tarea de los testigos de Cristo es: Buscar la felicidad para compartirla con otros, ser portadores de felicidad. Ser felices y hacer felices a los demás. ¡El cristiano es un hombre feliz que camina alegre, junto a otros, hacia la felicidad!